

EL SEXO DE LOS ÁNGELES

El constructivismo en las ciencias sociales

RICARDO A. GUISBOURG

1. BIZANCIO 2000

El sexo de los ángeles ha quedado en la memoria colectiva como el tema paradigmático para un debate perfectamente inútil. Esta opinión tiene dos vertientes. Una, tan pragmática como impía, sugiere que los teólogos de Bizancio habrían debído dedicarse a otros menesteres frente a la invasión turca. Otra, más estrictamente epistemológica, tiende a reconocer que semejante controversia requería diversos presupuestos:

- a) que los ángeles existen;
- b) que la naturaleza de los ángeles y la definición admitida de "sexo" son tales que alguna forma de sexo es susceptible de ser atribuida a tales entidades;
- c) que la efectiva sexualidad angélica (y, acaso, el género específico de cada ángel) pueden establecerse por métodos no empíricos, y
- d) que la averiguación de tal circunstancia es, en mayor o menor medida, relevante para quienes habitamos este valle de lágrimas.

Los santos varones constantinopolitanos estaban seguros de (a), tenían gran confianza en (c), se inclinaban a aceptar (d) y, por esos motivos, consideraban plausible debatir (b) con tanto empeño. Hoy (a) no goza de tanto consenso, (c) es rechazada por el paradigma científico, casi nadie cree en (d) y, por eso, el debate acerca de (b) —que, después de todo,

tiene un alto contenido lingüístico— nos parece un ejemplo de estalictia.

Sin embargo, es común en nuestros días discutir si es verdad que las ideologías han muerto, o que la legalización de las drogas es un medio eficaz para combatir el narcotráfico. Acaso estas proposiciones sean verdaderas o falsas: sea como fuere, ellas dependen de tal cantidad de presupuestos que su verdad o su falsedad se vuelve extremadamente tenue, sujeta a hipotéticos y probablemente inexistentes acuerdos acerca de la totalidad de aquellos presupuestos y tan frágil que el menor cambio en cualquiera de éstos puede invertir o aun variar por completo el valor de verdad que hubiéramos atribuido a uno de aquellos enunciados.

El mecanismo que nos lleva a descuidar la importancia de esta observación es el mismo que hoy criticamos en los teólogos bizantinos: la aceptación acrítica de presupuestos implícitos, que sólo advertimos ahora porque adoptamos otros. Se trata, en suma, de imaginar que los objetos de los que hablamos, las características que les atribuimos, las acciones que describimos y aun los problemas o controversias que debatimos son reales, puesto que hay palabras para referirse a ellos. Este efecto ontológico concedido al lenguaje no sólo nos conduce a creer mucho más que lo plausible: lo que es peor, al suponer que las estructuras de nuestro pensamiento se hallan conectadas directamente con la realidad, limita nuestra capacidad para redefinir las palabras, reclasificar los objetos y replantear los problemas.

2. EL BUEN SALVAJE

Si no aceptamos *a priori* que las estructuras lingüísticas respondan estrictamente a estructuras reales, esto es a objetos, géneros, cualidades, acciones y enigmas preexistentes, envasados en bolsas de polietileno y etiquetados por la mano divina, estamos acaso maduros para proponernos un mito en el que no necesitamos creer.

Imaginemos, en efecto, al género humano resumido y personificado en un solo hombre primitivo; tan primitivo que tiene la ignorancia (y la capacidad de aprendizaje) de un recién nacido pero no cuenta con una cultura preexistente y debe desarrollar sus propias estructuras.

Nuestro salvaje recibe de sus sentidos una multitud de datos visuales, auditivos, táctiles, olfativos y gustativos. Pronto aprende a relacionarlos entre sí y a situarlos en el espacio y en el tiempo; aparecen las percepciones. Luego, llevado por el interés o la curiosidad, se habitúa a recortar idealmente, de la realidad global percibida, ciertos sectores que llaman su atención de modo diferenciado: así constituye los objetos y los acontecimientos. Algunos de esos objetos le agradan; otros le producen dolor o disgusto; nace la preferencia. Guiado por sus preferencias, el hombre agrupa los objetos previamente delimitados en clases que define por la presencia de ciertas características que juzga relevantes: surgen así los conceptos, primer nivel de una escala de abstracciones que no cesaría de multiplicarse. Algunos de estos conceptos son estáticos (clases de cosas o estructuras duraderas); otros son dinámicos (clases de estructuras fugaces, segmentos de movimiento, hechos).

Mientras tanto, el mítico cavernícola ha advertido que puede controlar sus propias acciones (o, mejor dicho, aprende a considerar "sus acciones" los acontecimientos que puede controlar). También ve que algunas de sus acciones incrementan o disminuyen la probabilidad de aparición de otros acontecimientos agradables o desagradables. El método del ensayo y del error, por vía inductiva, lo conduce a la práctica sistemática de ciertas conductas: aparece la técnica.

Algunos de los acontecimientos externos agradables o desagradables son percibidos y clasificados como acciones de otros entes: animales, personas semejantes a nuestro protagonista. Esas acciones también pueden recibir cierta influencia de las conductas propias, lo que también ocurre a la inversa. Así se inauguran el ataque y la defensa, la coerción y la amenaza.

Cuando a estas construcciones ideales se combina el lenguaje, una compleja red de ruidos o de marcas las traduce, facilita su comunicación, promueve mayores niveles de abstracción. Nacen así, paso a paso, el nombre, el sustantivo, el adjetivo, el verbo y el adverbio; los universales, las relaciones, las relaciones entre relaciones, la causalidad, la orden, la norma, la antinomia conflicto-paz, el lenguaje del poder, la imputación y los espíritus, los derechos y las obligaciones, el bien y el mal, la ética y el derecho, la lealtad y la traición, la legalidad y la legitimidad, la culpa y el mérito, el premio y

el castigo, el paraíso y el infierno, la ortodoxia, la revolución, la herejía, la ideología y la ciencia.

Mientras tanto se produce un reflujó de influencias: el lenguaje, cortado a la medida de las decisiones pragmáticas del hombre, se convierte en instrumento de socialización y de transmisión de una cultura cuyas bases ya no se debaten. Entonces, aquellas decisiones primitivas se cristalizan y la humanidad renuncia, sin darse cuenta, a las facultades que el hombre primitivo había ejercido con tanta libertad.

Como ya dije, no es preciso que creamos esta historia. Basta que nos la planteemos para advertir que se trata de una reconstrucción posible del modo en que nuestra forma de pensar, razonar y hablar se ha generado. Desde luego, podemos imaginar otra distinta que nos parezca más plausible; pero, cuando lo hagamos, nuestra imaginación ya no será ingenua: nos veremos precisados a establecer alguna relación alternativa entre las estructuras de nuestro pensamiento y entre ellas y el lenguaje; y, lo que es más importante, a identificar los motivos que nos hacen preferir esta relación a la precedentemente propuesta. Es decir, a ejercer en alguna medida aquella libertad perdida.

Obligados, pues, al ejercicio de esa libertad, no es difícil que advirtamos que cualquier conjetura histórica carece de bases concluyentes y, después de todo, no es siquiera tan importante. Porque, en lugar de reconstruir tentativamente el modo en que la humanidad ha constituido su pensamiento, puede ser más fructífero y positivo construir la forma de pensamiento que nos parezca más conveniente. Esta idea es la base de lo que prefiero llamar constructivismo.

3. CONSTRUIR Y RECONOCER

El verbo "construir" evoca siempre la imagen de un edificio a medio hacer: bolsas de cemento, montañas de arena, obreros que apilan ladrillos, una grúa... y un arquitecto que dirige la obra, plano en mano. La imagen es fecunda en metáforas. Cuando el arquitecto proyecta su obra, ninguna de las características de ésta está *dada en la realidad* (a menos, claro, que se trate de reciclar un edificio anterior). Hay un terreno baldío y una multitud de condicionamientos: el pre-

pósito del propietario, el presupuesto disponible, los materiales existentes en el mercado, la formación profesional y la preferencia estética del arquitecto (y la de su cliente, que puede no coincidir con ella), las normas municipales y la mayor o menor calificación de la mano de obra. Pero la proporción en que cada una de esas condiciones haya de influir en el resultado, así como el modo en que finalmente se combinen en una obra única y coherente, dependen de una multitud de decisiones que es preciso adoptar. Innumerables combinaciones —sistemas de decisiones— son (psicológicamente) posibles. No todas ellas son internamente consistentes. Muchas menos son técnicamente posibles. Acaso unas pocas resulten aceptables, habida cuenta de las preferencias estéticas, funcionales y económicas. Una de éstas es deliberadamente escogida y —suerte mediante— se lleva a la práctica.

Otro tanto ocurre con el pensamiento. Nuestra reflexión está impulsada por nuestras preferencias e intereses. Se mueve dentro de un marco constituido por la lógica que usamos, la realidad que conocemos y la imaginación de la que disponemos. Pero ninguna estructura ideal nos es dada; ninguna requiere ser reconocido en el sentido en el que un ciego reconoce los obstáculos callejeros al tocarlos con su bastón. Todas ellas, desde las más profundas de la metafísica hasta las más inmediatas como la identificación de un problema o la elaboración de una hipótesis, dependen de decisiones metodológicas. Una ciencia, en este sentido, no es otra cosa que un sistema de decisiones metodológicas en el que se insertan los datos de la realidad, una vez identificados e interpretados por el mismo sistema, como los libros de la biblioteca se ordenan en los estantes. Y evoluciona o se modifica del modo en que los estantes se construyen, cuando lo creemos preciso, a la medida de los libros que tenemos o imaginamos que tendremos algún día.

4. CIENCIAS DURAS, CIENCIAS BLANDAS

Las ciencias llamadas duras (física, química, biología, para hablar de las empíricas) no suelen preguntarse por sus propias estructuras: se ocupan simplemente en su propio objeto, que presuponen suficientemente definido, y dejan a la

epistemología las inquietudes acerca de tal objeto, del modo de identificarlo y del método apropiado para conocerlo. Las blándas, en cambio (notoriamente las ciencias sociales), muestran siempre a flor de piel las controversias metodológicas y epistemológicas: están constantemente revisando su propia estructura.

Si se atiende a lo ya expuesto, tal diferencia no debe sorprendernos. Una vez vencida la resistencia del deductivismo fundado en la autoridad histórica y religiosa, las ciencias naturales han elegido sistemas de decisiones que se fundan, al menos en sus lineamientos más generales, en criterios dotados de amplio consenso, en relación con los cuales las divergencias son relativamente esporádicas. Y sólo (*¿sólo?*) se apoyan en una teoría del conocimiento, en ciertos criterios para la identificación y clasificación de los objetos, en una lógica, en un paradigma científico y en una generalizada confianza en los métodos empíricos y en los cálculos con base empírica, aunque los epistemólogos pongan en duda algunos de estos presupuestos.

Las ciencias sociales, en cambio, requieren las mismas decisiones sólo como base para iniciar sus interminables debates. Ocurre, en efecto, que el marco pragmático en el que se sitúan las decisiones metodológicas específicas de aquellas ciencias admite fenómenos de mayor complejidad, de repetibilidad dudosa y de identificación controvertida. Es más: el propio marco es susceptible de diferentes versiones, fundadas en enfoques axiológicos opuestos.

Por ejemplo, la delimitación de un insecto (a fin de identificarlo como objeto) es cosa sencilla: no porque sea dada, sino porque —a partir de una tradición cultural consagrada por el lenguaje— es fácil obtener consenso acerca de qué moléculas integran el objeto y qué otras se hallan fuera de él. En cambio, la delimitación del territorio de un Estado es más difícil: no sólo por los conflictos limítrofes sino también por la existencia de embajadas con estatuto extraterritorial, buques sujetos a la ley de la bandera y casos semejantes, capaces de fundar diversas teorías que conduzcan, a su vez, a soluciones divergentes.

Un eclipse es un acontecimiento identificable: aunque su delimitación se halla sujeta a decisión convencional, existe acuerdo acerca de los momentos en que el fenómeno comienza y termina, acuerdo que al mismo tiempo facilita distinguir

ese hecho de otros, incluso de sus condiciones y sus consecuencias. El romanticismo también es un acontecimiento en la historia de la literatura, pero sus límites pueden fijarse entre Chateaubriand y Hugo como entre Shakespeare y las telenovelas. Al mismo tiempo, la complejidad de cualquier obra literaria y la vaguedad del vocablo en cuestión (cuyas características definitorias son más o menos controvertidas) generan para cualquier época una zona de penumbra semántica que sería considerada demasiado amplia en la práctica de las ciencias naturales.

Delimitar un problema (un sector de la realidad que se pretende describir, un acontecimiento probable que se quiere evitar o uno posible que se desea provocar o facilitar) implica siempre dejar fuera de esos límites otros acontecimientos que, aunque relacionados con el primero en calidad de condiciones o de consecuencias, no son alcanzados por nuestro enfoque: la solución del problema así identificado no necesita, para ser más o menos aceptable, describir, explicar o prever los hechos periféricos. Así, una droga recién descubierta puede destruir las células cancerosas; su toxicidad para el ser humano es acaso —si tal es el enfoque elegido— otro problema, no por eso menos merecedor de atención a poco que le llegue su turno. Otro tanto sucede en las ciencias sociales: la eliminación del déficit fiscal es un problema, la acumulación de capital otro y el incremento de la capacidad de consumo de las personas menos favorecidas un tercero, aunque es obvio que los tres se hallan estrechamente relacionados. Pero esta visión en compartimientos, tan ficticiamente estancos como los de las ciencias naturales, es aquí menos inocente: un gobernante, un empresario y un dirigente sindical usarán probablemente distinto énfasis en el análisis de esos problemas y propondrán soluciones claramente demostrativas de que la distinción entre centro y periferia no es tan sólo metodológica sino fuertemente valorativa. A la vez, mirarán acaso con cierta desconfianza a quien sugiera incluir todos los factores en un mismo problema para tener de ellos una visión de conjunto.

Desde luego, identificaciones, clasificaciones y enfoques dependen siempre de decisiones metodológicas fundadas en una preferencia de origen pragmático; pero las ciencias duras —luego de la dura batalla que libraron a partir del Renacimiento— tienen a su favor una definición de sus propios objetivos que suscita acuerdos bastante generalizados acerca de la

mayoría de aquellas decisiones: los debates versan sobre hipótesis de punta, aparte de las consabidas rivalidades de capilla o de la constante caza de subsidios. En las *blandas*, los acuerdos tienden a ser menos generales para refugiarse en los límites de sectores, clases o partidos; los paradigmas se convierten en ideologías (o son sospechados de tales), porque son varios y generan desconfianza recíproca. Y, en estas condiciones, las ciencias sociales no adquieren suficiente fe en sus propios objetivos y se resignan a menudo a un papel epistemológicamente deslucido: el calificativo de "blandas" es a menudo aplicado a las ciencias sociales por sus propios cultores.

Muchas de las afirmaciones que se formulan en ciencias sociales tienen una estructura justificatoria que sería considerada precientífica por físicos o biólogos. Esta circunstancia se debe, en parte, a las complejas características del objeto y a las dificultades para la experimentación, que impiden aislar variables, identificar regularidades y, por lo tanto, formular leyes con aceptable poder predictivo. Pero también incide en ella la excesiva interferencia valorativa, que ya hizo de las suyas en la astronomía antes de Galileo, en la fisiología antes de Harvey y en la biología antes de Darwin.

Se trata, por cierto, de diferencias cuantitativas; cabe esperar que, a medida que avance la investigación, la humanidad se harte de jugar con las ciencias sociales y decida extraer de ellas algo más que agua para diferentes molinos. Pero la magia ontológica del lenguaje desempeña aquí un papel más claramente retardatario.

En efecto, cuando todos (o casi todos) están de acuerdo en un mismo sistema de decisiones metodológicas, el hecho de que éstas se hallen sacralizadas por el lenguaje no afecta gravemente la comunicación y el debate: sólo constituye una traba heurística. Pero, si existen divergencias importantes en algunas ramas de aquel sistema, suponer que el lenguaje refleja una ontología conduce a debatir palabras en la creencia de que se debaten hechos.

Retomemos, a manera de ejemplo, una frase mencionada al principio: "las ideologías han muerto". Este enunciado es tan abstracto como el teorema de Tales, pero se halla muy lejos de la precisión que éste obtiene de las definiciones geométricas. Ante todo, qué entendamos por ideología es algo dudoso, no sólo en el aspecto semántico sino también en el pragmático: muchos emplean esta palabra con contenido pe-

verativo, de modo que —si tal fuese el hábito del hablante— habría que conocer sus propias preferencias para excluirlas del ámbito de la palabra. "Morir" es un vocablo bastante comprensible en su sentido biológico más llano, aunque en un tiempo la muerte se consideraba un hecho instantáneo y los actuales tanatólogos la ven como un proceso. De todos modos, en la expresión que analizamos está usada metafóricamente. ¿Qué significa "morir" en este contexto, como predicado de una ideología? ¿Que ya nadie la sostiene? ¿O que sus seguidores son pocos? ¿Cuántas personas son pocas? ¿Se indica tal vez que sus seguidores ya no son relevantes, por ejemplo porque carecen de poder político, económico o de otra clase? Pero la muerte de una ideología no sólo puede definirse a partir de los sujetos: también puede ser un acontecimiento objetivo. Tal sería el caso si pensáramos, por ejemplo, que una ideología muere cuando ya no vale la pena sostenerla, cuando ya no responde a las circunstancias que ella pretendía explicar, predecir o criticar. Esta circunstancia depende también de un factor pragmático que muchas veces, en ciencias sociales, se vuelve precisamente... ideológico: en materias que afectan profundamente los intereses de cada uno, qué enfoque valga la pena o haya perdido actualidad no es tema ajeno a las preferencias personales o sectoriales.

Por último, discutir el enunciado del ejemplo implica un acuerdo previo acerca de cuáles son las circunstancias empíricamente verificables que permitan averiguar si una ideología (en el sentido que hayamos elegido) ha muerto (en la acepción que hayamos convenido).

Semejante sistema de decisiones metodológicas compartidas haría que, para los interlocutores incluidos en la convención, el debate acerca de la muerte de las ideologías fuera útil y aun importante². Tanto como lo era el sexo de los ánge-

² El ejemplo elegido, por cierto, no constituye un caso aislado. Pueden advertirse condiciones semejantes en enunciados tomados al azar de diferentes disciplinas:

a) "Una consecuencia de la transición de la sociedad feudal a la sociedad de clases consistió en el despliegue grandioso de la cultura intelectual, a lo que contribuyeron tanto el regionalismo como el folklorismo" (Heintz, Peter, *Curso de Sociología*, Eudaba, Buenos Aires, 1965, pág. 113).

b) "Una vez que abandonemos nuestras supuestas irrealidades sobre la uniformidad de las personas y de los empleos, nos encontraremos con con-

les para los teólogos bizantinos tan criticados. Pero el caso es que aquel consenso no existe y, sin embargo, conducidas por la fuerza metafísica del lenguaje, aquellos interlocutores discuten y hasta se encolerizan creyendo cada uno que el otro se niega a ver una realidad evidente.

Por este motivo las ciencias sociales requieren, tanto como las otras pero aun con mayor urgencia, una tarea constructiva que, pacientemente, verifique y rectifique primero los cimientos epistemológicos y luego pase revista a las decisiones metodológicas que vayan a servir de ladrillos... así como las otras, más abstractas, que guíen el trazado y la interpretación de los planos. Es probable que en ese proceso muchos desacuerdos ocultos salgan a la luz para luego resolverse o bien consolidarse como alternativas conocidas por todos. No sería extraño, además, que el lenguaje entero de las ciencias sociales sufriese modificaciones importantes y hasta traumáticas. Pero el resultado será indudablemente benéfico... si por tal cosa se entiende el establecimiento de un espacio de debate en el que todas las ideas tengan acceso a partir de reglas de juego claras y compitan frente a criterios dotados de consenso para la solución de las controversias.

5. ¿Y EL DERECHO?

Entre todas las ramas de las ciencias sociales, la jurídica tiene el dudoso privilegio de contener todas las imprecisiones

siderables diferencias salariales, incluso en un mercado de trabajo perfectamente competitivo" (Samuelson, Paul, *Economía*, McGraw Hill, México, 1993, pág. 631).

c) "Sería un error sobrestimar la influencia de las ideas de Freud sobre el concepto de que el amor es el resultado de la atracción sexual, o de que es lo mismo que la satisfacción sexual, reflejada en el sentimiento consciente" (Fromm, Erich, *El Arte de Amar*, Paidós, Buenos Aires, 1989, pág. 101).

d) "En sus sinfonías (Gustav Mahler) se inspiró más en Brahms o en Schubert que en la música de sus contemporáneos. Él dijo de la sinfonía que era un universo y que, por tanto, debía abarcar todas las cosas, y en sus grandes obras, como en la Octava de sus sinfonías, se aproximó más que ningún otro compositor a la creación de un verdadero universo musical" (Spence, Keith, *Música Viva*, Círculo de Lectores; s.d.c. original The Archan Press Ltd., Barcelona, 1978, pág. 117).

y ambigüedades que, más o menos ignoradas o descuidadas, la convierten en pariente metodológica de la alquimia y de la astrología.

Bajo un mismo y acaso excesivo rótulo ("ciencia del derecho"), coexisten y a menudo se entremezclan una disciplina deductiva que registra, relaciona y analiza normas; otra inductiva que mide acatamientos y predice decisiones; y una tercera, especulativa, que imagina sistemas supraempíricos.

Cuando una persona emplea la palabra "derecho", unos entienden ley vigente (como cada uno la interpreta); otros pautas eficaces y predecibles de conducta (como cada uno las induzca), otros justicia (como cada uno la prefiera). Pero todos ellos creen estar hablando del mismo objeto, lo que no puede sino multiplicar los acuerdos ficticios² y trabar los reales³.

A partir de semejante base metodológica, no es extraño que el estudio del derecho se halle en una etapa precientífica, en la que el discurso está más cerca de la retórica que de la demostración y donde las controversias, aun en los niveles decisorios, se resuelven por votación a falta de criterios confiables y transparentes para dirimirlos⁴.

² Por ejemplo, todos defendamos la justicia; por eso amamos la libertad pero aborrecemos el desorden y queremos vivir en paz. Eso no nos impide estar en desacuerdo acerca de cuáles sean las conductas justas, llamar libertad al desorden que aprobamos y desorden a la libertad que desaprobamos y, en ocasiones, estar dispuestos a defender tan claros puntos de vista con las armas en la mano. Tenemos, pues, divergencias acerca del contenido concreto de las normas o de los principios aunque creemos o fingimos estar de acuerdo en sus fundamentos o lineamientos generales.

³ Por ejemplo, muchas personas se mostrarían más de acuerdo con los tratados internacionales de integración si no se sintieran limitadas por el concepto de soberanía nacional, que suponen inmutable e intangible.

⁴ La votación es una herramienta insustituible de la democracia y resulta obviamente preferible a la imposición autoritaria. Pero su virtud depende del objeto al que se aplica: un tribunal colegiado caería en el ridículo si decidiese por votación que dos más dos son cuatro, pero a todos nos parece natural que decida por mayoría el modo de interpretar la grabe de los hechos, en tanto muchas sostenemos como una conquista de la humanidad que los ciudadanos podamos decidir con el voto los grandes lineamientos de la política. Los tres casos se insertan en un continuo, en el que las diferencias pueden apreciarse como cuantitativas. Y el factor de cantidad variable es el mayor o menor consenso que existe en el grupo acerca de la solución misma, del procedimiento para arribar a una solución o de los criterios para establecer aquel procedimiento.

Lo curioso es que los juristas se conformen tan fácilmente con esta situación y, seguros de que el derecho es metafísicamente inmune a la precisión y a la decidibilidad, asuman complacidos el papel de oráculos divergentes de un dios inescrutable.

Si el conocimiento del derecho (y la formulación misma de las leyes) han de superar alguna vez la metodología del siglo V, será preciso —allí más aún que en otras ramas del quehacer social— aplicar la técnica constructiva que, mediante definiciones claras y neutrales⁵ y decisiones explícitas sujetas al libre debate, vaya generando construcciones abstractas y explicando el contenido y la estructura de cada sistema jurídico sin suponer realidades trascendentes que no tengan otro fundamento que el lenguaje y la tradición.

De otro modo, nos veremos algún día objetando el paraíso desde una perspectiva de género, con el argumento de que todos los arcángeles tienen nombre de varón.

⁵ La claridad y la neutralidad son términos relativos, por lo que no pueden predicarse de una proposición sino por referencia al grupo al que ella se dirige. Una proposición es tanto más clara cuanto mayor es la proporción de los miembros de dicho grupo que son capaces de comprenderla, y tanto más neutral cuanto mayor sea el número de los que la consideran compatible con sus propias preferencias. A la vez, la claridad y la neutralidad son condiciones tanto más difíciles de alcanzar cuanto mayor sea el grupo al que la proposición se dirige o mayor sea la diversidad de códigos o de preferencias entre los miembros que lo componen.